

«EMOCIONES, SENTIMIENTOS Y ESTRUCTURA SOCIAL»

JOSE R. TORREGROSA PERIS

En el estudio de los problemas humanos, de su conducta y de su experiencia, casi siempre se plantea la disyuntiva de si comenzar por arriba, es decir, por el conjunto de características que hacen del hombre una realidad específica y relativamente diferenciada del resto de la naturaleza— aún siendo, por supuesto, naturaleza; con los consiguientes riesgos de idealismo, o por el contrario, desde aquéllo que le es patentemente común con otras especies, es decir, desde la estructura biológica que le constituye, con el consiguiente riesgo de caer en un pseudo-materialismo biologista.

En principio, ambas perspectivas no sólo no deberían oponerse, sino en última instancia complementarse. En realidad, sin embargo, lo que simplemente son enfoques diferentes, que apuntan hacia aspectos distintos de esa compleja realidad que llamamos hombre, se convierten en interpretaciones contrapuestas y excluyentes, sobre todo, cuando desvinculadas de sus contextos concretos de investigación, entran a formar parte de lo que pudiéramos llamar los usos ideológicos de la ciencia.

Advierto esto porque la afirmación central que voy a intentar sostener, a saber: **que las emociones y sentimientos humanos son una construcción social y resultado de las relaciones sociales.** no supone ninguna concepción «sobresocializada» del individuo, ni la negación de que ciertos estados de excitación corporal acompañen necesariamente ciertas emociones o sentimientos básicos; ni tampoco, por supuesto, supone la negación de que, evolutivamente, se hayan diferenciado y especializado algunos sistemas en el organismo, cuya función es, precisamente, la de regular sus estados emocionales y/o afectivos. Es obvia la importancia capital que las investigaciones neuro-fisiológicas tienen en poner de manifiesto los mecanismos o procesos corporales específicos que acompañan y/o estimulan un determinado estado emocional, o conjunto de ellos.

Lo que sí, en cambio, implica la hipótesis general que hemos avanzado es que, a medida que pasamos desde una concepción de la emoción, como mero estado de excitación o activación del organismo que se refleja mecánicamente en la conciencia (James), a una concepción de la emoción en que ese estado de conciencia no sólo refleja la excitación, sino otros contenidos de naturaleza cognoscitiva, es decir, en la medida en que las emociones se vinculan a la experiencia concreta de seres humanos socializados, por definición miembros de una cultura, las emociones estarán mediatizadas por procesos cognitivos y evaluativos, y por ello serán, en gran

medida, una producción social, el resultado de procesos sociales de interacción y del marco socio-cultural en que dicha interacción acontece.

Ahora bien, el hecho de que las emociones sean socialmente construidas, no quiere decir que tengan que ser improvisadas en cada situación concreta de interacción. Las personas concretas que intervienen y se relacionan en cada situación son ya una construcción social, unos modos o estilos de enfocar las situaciones y de actuar y sentir ante y en ellos. No es necesario atenerse a un normativismo situacional que explicaría las emociones en términos de las normas que regulan o prescriben cómo debemos sentir las. La previa estructura personal, psico-socialmente desarrollada, predispone a esa específica forma de experiencia. Pero la sociedad no puede dejar a la mera espontaneidad individual o interpersonal lo que ha de sentirse en cada situación concreta, en cada uno de sus ámbitos institucionales, en cada uno de sus status o roles sociales. Establece, por tanto, normas o reglas de las emociones, del sentir adecuado para esas situaciones y que progresivamente se van instaurando en la economía psíquica de la persona.(1)

Desde esta perspectiva, podríamos definir las emociones como los estados de ánimo (afecto, humor) que acompañan, se derivan o anticipan la evaluación que la persona hace de sus necesarias transacciones con el entorno. Puede verse la afinidad del concepto de emoción con el de actitud o motivo. Los motivos implican un cierto grado de intencionalidad y de orientación hacia una meta, mientras que las emociones parecen implicar la dimensión pasiva de algo que le pasa a la persona, que la sobrecoge, invade o abrumba. Emoción y motivación parecen ser dos aspectos de un mismo fenómeno.

Ahora bien, mientras que el concepto de motivación implica una estructura más estable y organizada de la personalidad, resultado del aprendizaje y de la experiencia social, las emociones parecen implicar un acontecer más esporádico y errático de la experiencia subjetiva, vinculado primordialmente a la activación de determinadas funciones neurofisiológicas, y a cuya acción la persona difícilmente puede resistirse o sobreponerse. La definición que acabo de proponer del concepto de emoción no pretende cambiar el sentido tradicional de la misma, sino ampliar su contenido teórico.

En cierto modo, esa transición hacia una concepción más cognitiva de las emociones se ha operado en la propia literatura experimental sobre el tema, permitiendo con ello dar una mayor entrada a factores sociales y culturales. Así, creo que sigue siendo fundamentalmente válida, todavía hoy, la afirmación de Schachter de 1959, y corroborada después por su propia experimentación, ya clásica de 1962: «Lo que se conoce acerca de la fisiología de la emoción parece indicar que no existen claras diferencias en cuanto al estado corporal que permitan distinguir los estados emocionales que reciben distintos nombres... La mayoría de las investigaciones no han conseguido mostrar correlatos fisiológicos claramente diferenciables de las distintas emociones» (2). Y después de referirse a las observaciones de una serie de tratadistas añade: «Todo esto nos deja con los factores cognitivos como los determinantes del carácter apropiado de una emoción; es decir, damos nombre, interpretamos e identificamos el estado de excitación que caracteriza a la emoción, en tér-

minos de las características de la situación desencadenante y de la masa de datos de la apercepción... Podemos decir que la situación inmediata tal y como es interpretada mediante la experiencia pasada, proporciona el marco dentro del cual comprendemos y damos nombre a nuestros propios sentimientos».(3)

Aunque esta posición de Schachter y Singer no sea compartida por todos los autores y que incluso es posible que esté en declive frente a la teoría específica (o periférica) de James-Lange, no cabe duda de que sus planteamientos han sido y son ampliamente compartidos, y apuntan, como desarrollos coherentes, hacia planteamientos más sociológicos en el estudio de las emociones. Creo, no obstante, que independientemente de cuales sean los resultados definitivos de esta polémica (si es que se producen alguna vez), la pertinencia de un enfoque sociológico sobre las emociones seguirá igualmente vigente.

¿Pero qué es lo que un enfoque sociológico puede aportarnos a una mejor explicación de las emociones y sentimientos? Espero poder responder a esta pregunta de dos modos: por un lado, a través de algunas consideraciones y datos que creo ponen de manifiesto la íntima relación entre estructura social y la estructura afectiva, es decir, emociones y sentimientos; por otra, a través de la descripción de algunas aportaciones recientes sobre el tema.

II

Desde cierto punto de vista, la estructura social es la configuración relativamente estable y predecible del sentimiento y de las emociones. Cuando hablamos de estructura social solemos referirnos a una totalidad diferenciada de elementos significativamente relacionados, tales como instituciones, roles, clases, castas, grupos, etc. Pues bien, entre los elementos que permiten delimitarlos como unidades diferenciadas de análisis están las constelaciones de sentimientos y, eventualmente, de emociones que experimentarán, o deberán experimentar, quienes a ellos pertenecan. La sensibilidad, el sentir, el afecto, no es algo que las sociedades dejan a la libre espontaneidad individual; ni tampoco, simplemente, lo reprimen. Establecen ideales, normas y valores que canalizan su expresión, y definen para la persona el qué, cómo y cuándo, así como el significado de su experiencia, no sólo de su conducta. Delimitan situaciones en que ciertas emociones deben, o pueden, sentirse; organizan acontecimientos complejos y masivos para producirlos y, probablemente, «manejarlos»; estructuran temporalmente su expresión, reforzándolos y reproduciéndolos; y también los ritualizan, patentizando de ese modo la existencia y mantenimiento de la estructura social misma.

Esa regulación de la expresión (y de la experiencia) afectiva es un requisito necesario para el funcionamiento continuado de toda sociedad. De ahí que en los procesos de socialización no sólo se adquieran las habilidades, conocimientos, valores o creencias de la persona, sino que se configura su propia estructura afectiva, sus modos de sentir y experimentar la realidad, incluido el modo de experimentar a sí misma.

Las primeras experiencias emocionales se producen en la relación básica familiar, en esa «urdimbre afectiva» que es la familia y que tanto ha estudiado el psicoanálisis. Es en ese proceso de socialización primaria en el que parecen configurarse aspectos importantes de la estructura afectiva de la persona. Pero ese contexto familiar no es autónomo; está sometido a la dinámica de otros procesos más amplios que determinan en la familia características específicas. Lo que ello significa es que la relación madre-hijo pierde ese carácter tan universalmente central que se le ha querido adscribir, al estar su interacción mediatizada por los modos como la madre se relaciona con la sociedad global. Como lo ha señalado Lorenzer —un psicoanalista—: «...la acción materna debe juzgarse como específica de una cultura. La madre transmite las normas culturales que ella misma recibió por socialización, refractadas por su apropiación biográfica». (4).

Pero bastan estas breves indicaciones sobre el proceso de socialización para comprender cómo a través de procesos diferenciales de socialización es posible establecer nexos entre la estructura social y la producción y distribución de distintas constelaciones de emociones y sentimientos.

Las variaciones culturales entre distintas sociedades, y las variaciones subculturales dentro de una misma sociedad global, implican el aprendizaje de significaciones distintas, en términos de los cuales los individuos van a definir e interpretar su propia experiencia. Subculturas juveniles, profesionales, étnicas, desviadas, terapéuticas, etc. desarrollan estilos propios de experiencia personal, que no sólo implican una orientación intelectual o creencial, sino una sensibilidad específica, un «vocabulario emocional» propio, que es lo que en verdad la diferencia de su contexto.

III

Pero un hecho fundamental de la estructura social es la desigualdad, la estratificación, la estructura de clases. ¿En qué medida acompaña, de modo sistemático, a las diferencias 'objetivas' de clase, una pauta diferenciada de emociones y sentimientos? La evidencia que podría aducirse en relación con esta pregunta, desde distintas perspectivas, desborda por supuesto los límites de este artículo. Me limitaré a hacer algunas observaciones que tienen cierto apoyo empírico, y que se desprenden, casi tautológicamente, del propio concepto de estratificación social.

La estratificación supone un acceso y apropiación diferencial de los recursos y bienes disponibles, casi siempre escasos, en un grupo o sociedad. Igualmente supone la posibilidad de un alejamiento o evitación diferencial de aquello que sea definido como malo, desagradable, dañino, etc. Es decir, que la estratificación social es una distribución desigual de todo lo que socialmente es definido como potencialmente gratificante o frustrante. Obviamente, lo que complica la cuestión es que en una sociedad compleja no existe un consenso absoluto en torno a «lo bueno» o «lo malo». Pero sí el suficiente para que tenga pleno sentido una gradación comparativa. Por consiguiente, puede establecerse la afirmación genérica de que: las per-

sonas pertenecientes a los estratos sociales más altos tenderán a experimentar con mayor frecuencia que los de estratos más bajos emociones y sentimientos autogratificantes, mientras que estos últimos tenderán con mayor frecuencia que los anteriores a experimentar emociones y sentimientos auto-frustrantes.

Varios estudios muestran cómo las personas de posición social superior tienden a estar más satisfechas de su situación actual, y a ser más optimistas respecto de su futuro, que los de menor posición social. (5)

Los tradicionales estudios de Bradburn y Coplowitz, sobre lo que denominan «felicidad», muestran una relación similar. Por supuesto, que decir que quienes ocupan posiciones sociales más altas tienden a ser con mayor frecuencia más 'felices' que quienes los ocupan más bajos, puede ser muy discutible ante la tosquedad mensurativa de las encuestas, en problemas tan subjetivos como eso de la 'felicidad'. Pero si descendemos de esa connotación cuasi-extática del término felicidad a un sentimiento de satisfacción (o ausencia de insatisfacción), o bienestar, que es en realidad lo que indican estos estudios, los resultados son altamente plausibles.

Más recientemente, los estudios de Warr (6) en Inglaterra sobre el «bienestar psicológico» (medido por indicadores de afecto positivo y negativo, ansiedad, cuestionario general sobre estado de salud, satisfacción con la propia vida, y nivel de autoestima) apuntan en la misma dirección.

Otros estudios sobre el grado de satisfacción en el trabajo y sus condiciones, con el nivel de ingresos, educación, participación política, social, vivienda, etc. sustentan las observaciones anteriores.

Todo esto, obviamente, no es sino una corroboración empírica de lo que habían observado los clásicos del marxismo: las condiciones objetivas de la clase obrera conllevan ciertas consecuencias subjetivas. Así, toda la literatura sobre la alienación, desde sus planteamientos cuasi filosóficos hasta las investigaciones empíricas concretas más recientes (Marx, Israel, Blauner, Tezanos, Castilla del Pino, etc.) es sin duda relevante en este sentido.

Más recientemente se han desarrollado toda una serie de estudios empírico-comparativos sobre aspectos psicológicos de las clases. Aunque los resultados de estos estudios no pueden ser tomados al pie de la letra, no cabe duda de que en su conjunto revelan aspectos muy significativos para el tema que nos ocupa. (7)

Uno de ellos es la reiterada constatación de sentimientos personales de inadecuación, de bajo nivel de autoestima, o de incertidumbre respecto al valor de la propia persona, en los trabajadores manuales. La condición de subordinación en el trabajo, la aceptación de la autoridad y directrices de otros constantemente, generan dudas sobre el propio poder y competencias personales. Si el trabajo constituye uno de los elementos centrales de la identidad personal, y la valoración social de dicho trabajo es baja, no es sorprendente la generalización de dicha valoración a la propia persona, ni la interiorización por parte de ésta de esa valoración.

Es frecuente, por ejemplo, entre las personas que desempeñan trabajos de bajo status, la ocultación de su identidad ocupacional específica, o su ennoblecimiento

al incluirla en una categoría o concepto ocupacional más amplio. Lo cual revela la contradicción entre la valoración compartida por la persona del bajo status de su trabajo y la necesidad de valorarse a sí misma positivamente. Un modo de resolver la disonancia es disminuir el nivel de auto-estima. El mantenimiento de las relaciones dentro del grupo de igual status es, en cierto modo, una protección ante la amenaza que las relaciones con personas de mayor status podría suponer.

Dos fenómenos estructurales que prolongan e intensifican esa situación, y que afectan tan centralmente a la clase trabajadora, son las migraciones y el desempleo. En el primer caso, junto a la estratificación de clase, se produce la cultural. En el segundo, la pérdida involuntaria del trabajo es la prueba más directa e íntima de su impotencia.

El alcance de este problema en la actualidad ha atraído la atención de investigadores de distintos campos, desde la economía a la medicina. En el año 1982, fue objeto de análisis en el Congreso de la Sociedad Española de Psicología, y de la Asociación Internacional de Psiquiatría Social, en París. Pero lo que aquí quiero subrayar es que si los profesionales del estudio y restauración de los desequilibrios emocionales (o desórdenes) se molestan en estudiar las consecuencias del paro es porque, al menos, conjeturan que algo tiene que ver con esos desórdenes. Algunos estudios no sólo revelan que se trata de conjeturas altamente plausibles, sino que la experiencia del paro se manifiesta claramente en el empeoramiento de la salud física. Concretamente, se ha podido comprobar que el mero anuncio de cierre de la empresa produjo en los trabajadores: un aumento del nivel de ácido úrico, de la presión sanguínea, incremento en otros problemas de salud y mayor consumo de medicinas; al producirse el cierre y, por tanto, el paro, un incremento del nivel de colesterol (que aumenta con las depresiones frecuentes) y una persistencia de los anteriores síntomas; ante la perspectiva de un nuevo trabajo y su efectiva entrada en él, una progresiva desaparición de los síntomas. En un grupo de trabajadores que ante el anuncio de cierre pasó casi de inmediato a otro trabajo, no se produjeron los anteriores síntomas (8). Se trata de un estudio americano. La evidencia disponible en el contexto europeo, aunque dispersa, permite apuntar en la misma dirección (9). Así varios proyectos de investigación en curso parten de hipótesis como las siguientes: «Los indicadores de salud física y mental empeorarán como consecuencia del paro y continuarán bajos en la medida en que el paro continúe». «El estado de salud de las familias de los parados se verá igualmente afectado de modo negativo, etc.»

Por último, en este apartado, quisiera mencionar brevemente el tema de las relaciones entre clase social y enfermedades mentales. Aunque la literatura sobre esta cuestión está llena de problemas metodológicos y de interpretación, lo que sí parece claro es que las adversas condiciones objetivas de la clase trabajadora la hacen más vulnerable a las tensiones y conflictos con que eventualmente pueda encontrarse y, por tanto, más susceptible a sucumbir a la patología psicopatológica, en general, y en particular a la esquizofrenia, según algunos, mientras que en las clases medias se dan más las depresiones; también, más las psicosis en la clase trabajadora, más las neurosis en las medias. (10)

¿Pero cuál es la relevancia de estos datos para una teoría de las emociones y de los sentimientos, que es lo que aquí nos ocupa?. Pues bien, si como creo, hemos podido mostrar que existen nexos sistemáticos entre constelaciones de experiencia subjetiva que, tanto en el discurso cotidiano como en el científico, se denominan emociones y sentimientos, por un lado y, por otro, la estructura social, nos vemos obligados a concluir que: en gran medida, las emociones y los sentimientos son una construcción y resultado de la estructura y las relaciones sociales. Si en el mundo animal las emociones generan y mantienen el orden social, en el humano es el orden social el que, en gran medida, genera y mantiene las emociones, tanto en su contenido como en su expresión.

IV

La defensa de dicha hipótesis puede hacerse, indicativamente, desde varias perspectivas o líneas de investigación diferenciadas.

Un primer enfoque es el soci-histórico, en el que se pone de manifiesto cómo la experiencia y economía emocionales del hombre no pueden entenderse ni explicarse en abstracto, sino refiriendo el ser hombre, la naturaleza humana, a un determinado momento o período históricamente significativo. Porque ¿es lo mismo hablar de la estructura pulsional y de la economía emocional del hombre del medioevo, que del hombre del Renacimiento, del Barroco, o del siglo XX? Dentro de una misma constelación histórico-cultural, la economía psíquica de la persona no ha sido la misma a través de la historia. Hay una psico-historia que revela las variantes de esa economía psíquica. Ser hombre, o ser mujer, en cada una de esas épocas puede ser sustancialmente distinto. Y esas variaciones no pueden atribuirse a la biología, sino al modo de estructurarse en la historia las relaciones humanas. Como dice Agnes Heller: «En todas las épocas, los seres humanos tienen tareas. Deben producir según las prescripciones y posibilidades de un modo de producción particular, deben reproducirse a sí mismos y al organismo social en el que nacieron, y, dentro de todo esto, deben resolver más o menos tareas individuales. Es primariamente función de esas tareas qué tipos de sentimientos se forman, con qué intensidad y cuándo, y cuáles de ellos vienen a ser dominantes. Durante la solución de esas tareas surge el prestar atención a los sentimientos, la necesidad de una gestión doméstica de las emociones» (11). Desde esta posición metodológica, y a través sobre todo de fuentes literarias, Heller nos proporciona en su libro penetrantes observaciones sobre la dinámica histórica de los sentimientos y de las emociones de la sociedad burguesa.

Aunque con otra orientación metodológica, Norbert Elías ha formulado un brillante esquema de interpretación de la historia de Occidente como un proceso de auto-control de la economía psíquica del individuo, resultado en la esfera íntima, psicológica, del control y monopolio externo del poder, operado con el surgimiento del Estado moderno. El ascenso de la racionalidad y de la racionalización en las sociedades del Occidente europeo, ha supuesto también una racionalización del propio funcionamiento psicológico de la persona. Racionalización que ha consistido en un

sometimiento de su espontaneidad pulsional, de sus emociones, a la previsión y al control, de igual modo que el conjunto de las actividades sociales. «Desde los orígenes de la historia de Occidente hasta nuestros días —nos dice Ellas— asistimos a una cada vez más notoria diferenciación de las funciones sociales, acentuada por la presión de la competición. Esta diferenciación comporta un aumento continuo del número de funciones y de personas de las que cada individuo... depende». Esta mayor y más generalizada interdependencia «le obliga a diferenciar y controlar sus gestos, a darles mayor firmeza y regularidad». Por ello «se exigen al hombre tales esfuerzos para que se comporte 'correctamente' que cada individuo desarrolla además del autocontrol consciente, un mecanismo de autocontrol automático y ciego...». (12)

Este proceso 'civilizador', que se ha venido produciendo en Occidente en los últimos quinientos años, parece, según algunos observadores como Peter Dreitzel, haber tocado fondo en los últimos lustros, en que la subjetividad humana, saturada por los controles socioculturales interiorizados, busca nuevas vías de gratificación y de expresión personales, explorando nuevos estilos y modos de relación consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. En palabras del propio Dreitzel: «Lo que es nuevo en la cultura de hoy es el uso reflexivo del cuerpo, de las emociones, del entorno natural, y de modo más general, de las capacidades de generar realidad de las relaciones interpersonales». (13)

El análisis detenido de esta nueva sensibilidad nos revelaría, sin duda, que está conectada con procesos y cambios sociales más amplios cuya descripción no podemos proseguir aquí. Basten simplemente estas indicaciones como muestra de lo que puede aportar un enfoque sociohistórico en el estudio de las emociones.

Una segunda línea de investigaciones estaría constituida por lo que yo llamaría el enfoque socioestructural, y que vendría ejemplificado por los datos y consideraciones que he presentado más arriba sobre la desigual distribución de emociones y sentimientos en la estructura social. Un intento de formulación sistemática de esta posición es la de Kemper (14). Su modelo utiliza dos dimensiones básicas: el poder y el status. Toda relación social, según Kemper, supone o «bien una actividad técnica (o instrumental), o bien actos destinados a adquirir, expresar, mantener, incrementar o subvertir relaciones de poder o status» (15). Todos los actos de las personas implicadas en la interacción pueden clasificarse según estas dos dimensiones. Se incluirán en la categoría poder, siempre que utilicen alguna forma de coerción, activa o reactivamente. Es decir, los actos que se deriven del uso de la fuerza, la amenaza, etc. El status supone una posición relativa de reconocimiento, e incluye los actos que buscan o pretenden ese reconocimiento, y los actos que reconocen en el otro aspectos positivos que le gratifican. Aunque no parecen estar claros los criterios según los cuales las distintas acciones se clasifican como de poder o de status, es la captación voluntaria o no de la relación lo que realmente distingue las dos dimensiones.

Según Kemper, todas las relaciones sociales a las que se refiere el discurso común, desde las relaciones internacionales hasta el amor romántico, la explotación, etc., pueden ser entendidas como relaciones de poder y/o status. Su hipótesis gené-

rica es la de: «Una gran cantidad de emociones se derivan de los resultados reales, anticipados, o imaginados de las relaciones sociales». (16)

Desde estos supuestos elementales, y variando los distintos niveles de poder y status que obtiene cada uno de los miembros de una relación dual, así como las atribuciones de causalidad de los resultados de la interacción, es posible derivar con cierto sentido todo un conjunto de emociones. Así, por ejemplo, la persona sentirá culpa, o ansiedad, si su propio poder con respecto a la otra persona es excesivo; miedo, si es insuficiente. Sentirá 'depresión' si su status es insuficiente, y se sentirá 'feliz' si es adecuado, etc.

El modelo de Kemper es un brillante ejercicio clasificatorio, a partir de dos dimensiones iniciales insuficientemente definidas. En su combinatoria apriorística se pierden matices que son complementados en cada clasificación concreta, lo que convierte su pretendida teoría en un sistema clasificatorio desde el que para profundizar con un cierto sentido es menester recurrir a interpretaciones 'ad hoc'. Fuerza demasiado la realidad para que encaje en las dos dimensiones del modelo. De ahí que sea éste más apropiado para un análisis macrosociológico que para describir los sutiles matices emocionales que pueden emerger en el decurso de la interacción. Aunque Kemper denomina su enfoque como interaccional, en realidad es una forma de aprehender la interacción desde fuera, un enfoque positivista que difícilmente puede captar los matices de la experiencia sentida. Desde su punto de vista es claro que, en última instancia, todas las emociones —como las dimensiones estructurales del poder y el status— pueden ser reducidas a dos: el placer y el dolor. En este sentido es obvio que su planteamiento tiene como antecedentes teóricos la teoría del refuerzo, la teoría del intercambio y, en general, la teoría positivista de la acción. La suya es, no obstante, una posición, sociológica, al deducir todo un conjunto de emociones desde lo que acontece en las relaciones sociales. Con ello, y con la vastedad de información que proporciona para sustentar su modelo, creo que más bien se desprende una posición 'construccionista' que positivista sobre las emociones.

El tercer enfoque teórico desde el que puede defenderse la hipótesis que he venido manteniendo, y del que claramente constituye una extensión, es el del interaccionismo simbólico. Uno de los sesgos tradicionales de esta orientación, advertida en otras ocasiones, es su acento intelectualista y en los aspectos conscientes del comportamiento humano. De ahí que los aspectos afectivos y emocionales hubiesen sido relativamente dejados en un discreto segundo plano. Ahora bien, recientemente, desde esta tradición, ha surgido un interés renovado en el estudio de las emociones, y del que en este trabajo queremos dar cuenta, aunque sea brevemente.

Conviene partir de la observación de que el interaccionismo simbólico es una sociología de la identidad personal, del surgimiento del yo en la interacción social, de su construcción y mantenimiento en el decurso de esa interacción. Siendo esto así, habría de producirse un genuino interés en los sentimientos y emociones en que el yo, el autoconcepto o la identidad personal estuviesen directa o indirectamente implicados. En este sentido, y como lo ha señalado Shott, tres proposiciones de este enfoque resultan fundamentales: La primera es que «los individuos tienen la capa-

«... capacidad de tratarse a sí mismos como objetos», es decir, tienen capacidad autoreflexiva; la segunda es que «los autoconceptos de las personas y su capacidad para la autointeracción mental se derivan en gran medida de 'asumir el papel del otro', de 'otros específicos' y del 'otro generalizado'», es decir, de verse a sí mismo desde la perspectiva del otro, y desde la perspectiva de la sociedad; y, en tercer lugar, que «el control social es, en gran medida, autocontrol». (17)

Desde estas proposiciones, el paso a las emociones y sentimientos relacionados con el yo, como la culpa, la vergüenza, el rubor o azoramiento, el orgullo, el honor, o la vanidad, resulta una transición coherente, dado que dichas emociones se derivan de la imagen de uno mismo apreciada en los otros.

Pero también desde esta perspectiva se han formulado recientemente algunos conceptos a los que quiero hacer, por lo menos, sucinta referencia. Uno de esos conceptos es el de 'trabajo emocional' (18). Entendemos por trabajo emocional el intento de cambiar cuantitativa o cualitativamente una emoción o un sentimiento. Del mismo modo que la persona se esfuerza en ocasiones en presentar (o manejar) una imagen de sí misma a los demás, se esfuerza en ocasiones en manejar sus emociones o sentimientos. No sólo 'trabajamos' en una representación externa, sino que también nos esforzamos en sentir una determinada manera para nuestro foro interno.

Este trabajo emocional puede ser cognoscitivo, corporal, o expresivo; es decir, podemos intentar cambiar nuestras emociones cambiando las imágenes o ideas asociadas con una determinada emoción; o podemos intentar cambiarla actuando directamente sobre nuestro cuerpo, a través de drogas, por ejemplo; y, por último, podemos intentar cambiarla adaptando determinadas expresiones. De este modo, queda patente la posibilidad constructiva de nuestras propias emociones. Este trabajo emocional no sólo podemos efectuarlo con respecto a nosotros mismos, sino también con respecto a los demás.

Otro concepto relevante en este contexto es el de 'regla o norma del sentir'. Este concepto apunta al hecho de que no sólo intentamos sentir de una determinada manera, sino que queremos intentar adaptar nuestros sentimientos a determinadas reglas o normas sociales que especifican lo que es adecuado sentir en determinadas situaciones. En palabras de la propia Hochschild: «Tenemos sentimientos. Intentamos tener sentimientos... y queremos intentar tener sentimientos. Las directrices sociales que orientan cómo queremos intentar sentir pueden describirse como un conjunto de reglas sociales latentemente compartidas». (19) Muchos aspectos de la interacción actúan como advertencias o recordatorios de las reglas o normas sobre los sentimientos que procede aplicar, o aplicarse, en determinadas situaciones. La persona puede sentir disonancia respecto a lo que debería sentir y lo que está intentando sentir.

Las reglas del sentir comparten con otras reglas el hecho de que delimitan un área de experiencia en la que está permitido no preocuparse, no sentirse culpable o avergonzado, etc. en esa situación. Como todas las reglas pueden cumplirse en distinto grado, y pueden referirse a distinta intensidad del sentimiento. Las reglas del

sentimiento difieren, en cambio, de otras normas en que no regulan la acción, sino lo que se considera un precedente de la misma. Son, por tanto, reglas latentes difíciles de codificar.

Son precisamente estas 'normas del sentir' las que conectan nuestra experiencia subjetiva con la estructura social. Expresiones tales como «no deberías sentirte culpable...», o «puedes sentirte orgulloso», «no tengo derecho a enfadarme», o «deberías estar avergonzado», apuntan, sin duda, a la existencia de tales normas o reglas del sentimiento y de las emociones.

Entre nosotros, el hermoso libro de Carlos Gurméndez Teoría de los Sentimientos (20), publicado recientemente, podría situarse en el contexto de las orientaciones del interaccionismo simbólico. Si bien se perciben en él distintas influencias filosóficas —en línea con el carácter de su indagación— y una riquísima apoyatura literaria, su aproximación a psicólogos como Vygotski, Jacobson y Luria, le acercan curiosamente a esta posición. Afirmaciones como éstas creo que así lo ponen de manifiesto: «El sentimiento nace de una comunicación objetiva de la recíproca dependencia humana e implica que, sintiendo a los otros, a la vez me siento. Soy, en consecuencia, subjetivamente objetivo. De esta situación originaria nacen los sentimientos... Es el Mundo y los seres que me rodean los que suscitan en mí sentimientos diversos: amor, odio, pena, alegría». (21) Y también: «De la presencia recíproca de los individuos, del tejido complicado y sutil de sus relaciones, nacen sus sentimientos, que son siempre sociales, colectivos». (22)

Por último, aunque quizá la más importante para el tema que nos ocupa, está la perspectiva antropológico-comparativa. Desde ella es necesario hacer referencia a la tradicional polémica sobre si las emociones son universales o culturalmente específicas. La línea argumental que estamos intentando desarrollar nos sitúa, es claro, más cerca de esta segunda posición.

Por una parte, las investigaciones que intentan establecer constantes universales en la expresión facial o postural de las emociones, —en la tradición iniciada por Darwin— o en los sistemas biológicos que las subyacen, descansan en el hecho fundamental de la filogénesis, en el supuesto de que dadas ciertas uniformidades biológicas, pasadas y presentes, deberán producirse en el sentimiento y la acción constantes universales. En el hombre parece que es universal la expresión facial de las emociones de felicidad, sorpresa, miedo, ira, desagrado (hastío) y tristeza. En este sentido, un autorizado estudioso de la cuestión concluye: «Considerando los estudios que he resumido, junto con las observaciones de Eibl-Eibesfeldt, estudios con niños ciegos, expresiones en niños de corta edad y los trabajos que exploran las expresiones faciales filogenéticamente, podemos concluir que existe alguna asociación universal entre emoción y movimientos faciales» (23). Es decir, que como cabría esperar, dada la universal estructura neurobiológica de la especie humana, no puede existir una total plasticidad en la expresión de las emociones ni probablemente en otros aspectos de la conducta humana. Ahora bien, como señala el propio Ekman, existe una latitud amplísima para grandes diferencias culturales en la expresión facial de las emociones. Y ello se debe a variaciones culturales en la especificidad de los elicitantes y en las reglas de despliegue; a variaciones en expresio-

nes parciales, o mixtas; a expresiones adicionales no universales para las que existe también una expresión universal; y a variaciones culturales en el ritmo temporal (inicio, punto culminante, extinción) de las acciones faciales. (24)

Por su parte Plutchik (25) ha señalado la existencia de ocho emociones básicas en el hombre, cada una de ellas con un soporte biológico diferenciado con una finalidad adaptativa determinada, pudiendo retrotraerse todas ellas, en última instancia, a formas de vida más primitivas. Estas emociones son: miedo, ira, alegría, tristeza, aceptación (agrado), hastío (rechazo, desagrado), sorpresa y expectación. Como se ve, existe bastante coincidencia con las que son reconocidas universalmente en su expresión facial.

Desde el punto de vista relativista (y de acuerdo con la hipótesis que venimos defendiendo, creo que un relativismo cualificado es, en este caso, la posición correcta); sin embargo, todas las emociones serían resultado de la cultura. Como dice Geertz: «No sólo las ideas sino además las emociones son artefactos culturales en el hombre»; (26) La enorme variedad de las emociones constatadas en distintas culturas, el amplísimo léxico para denominarlas, los matices muchas veces intraducibles por la inexistencia misma de la emoción en otras culturas; la aclaración de su significado desde su inserción en una totalidad significativa de experiencia simbólico-colectiva... por todo ello no podría hablarse de emociones universales. Toda experiencia en el ser humano, incluidas sus emociones básicas, estaría mediada y configurada por la cultura. Como ha señalado Sahlins, en su pertinente crítica de la sociobiología: «La cultura no está ordenada por las emociones primitivas del hipotálamo; son las emociones las organizadas por la cultura». (27)

V

En el fondo, lo que en esta polémica se debate son problemas de definición y de niveles de análisis. Si, por ejemplo, intentamos dar una respuesta de por qué alguien está triste, alegre, miedoso, etc., es decir, si intentamos averiguar o dar razón de su estado emocional, podemos seguir distintas vías según el contexto de investigación en que insertemos ese por qué. Así, a) podemos atenernos a un nivel de explicación psicofisiológica, o, en general, biológico, indicando que ciertos sistemas de su cuerpo se han activado, y que ciertas sustancias como la adrenalina o noradrenalina, etc. están presentes, y que como consecuencia de ello exhibe ciertos movimientos o gestos que indican que la persona se ha puesto miedosa, furiosa, triste, etc.; b) podemos también seguir un nivel de explicación psicológico, utilizando conceptos referentes a las percepciones, imágenes y pensamientos de la persona que, evaluando su experiencia pasada, presente o futura, le hacen ponerse triste, alegre, etc. Obviamente, para poder atenernos a este nivel la persona ha tenido que comunicarnos de algún modo en qué consisten esas imágenes, pensamientos o percepciones; y, por último, c) podemos atenernos a un nivel de explicación sociocultural, señalando que dado que la persona ocupa una determinada posición social, es miembro de ciertos grupos políticos, o religiosos, ha sido educada en determinados

contextos, que, en definitiva, está integrada en una determinada sociedad, era de esperar que en esas circunstancias se sintiese en esos estados emocionales.

En principio, no se ve porqué, todos esos niveles de análisis o combinación de ellos, no puedan ser legítimos. Las emociones son, sin duda, fenómenos complejos en los que se entrecruzan factores de esos distintos niveles y cuya relación de causalidad no tiene porqué producirse siempre en una misma dirección, unilateralmente desde el cuerpo a la mente, y desde ésta a la sociedad y a la cultura. Si como las definiciones tradicionales de las emociones subrayan, lo característico de éstas es la pasividad de la experiencia (en la literatura filosófica se llamaban pasiones —sentir una emoción es sentirse como invadido, embargado, sobrecogido, algo que escapa de mi control voluntario—), su experiencia involuntaria o sufrimiento, la posición que aquí quiero poner de relieve es que esa 'pasividad' o sufrimiento no le adviene al hombre sólo desde su cuerpo, sino también desde su identidad personal, desde su sí mismo y, por tanto, también desde el contexto sociocultural en que esa identidad personal se ha constituido.

El problema, pues, surge cuando en nombre de una supuesta economía explicativa o científica, a partir de la especificación de las estructuras y mecanismos biológicos subyacentes a ciertas emociones y comportamientos primarios, como la ira, el miedo, la alegría, etc. que en cierto modo, nos son comunes a las demás especies, se cree poder dar explicaciones suficientes a fenómenos como la guerra, el nacionalismo, la delincuencia, los sentimientos religiosos, amorosos etc. Generalmente los investigadores no suelen dar esos 'saltos'; conocen bien el alcance de sus datos, hasta donde pueden extender sus aseveraciones. Pero muchos de ellos sostienen, sin embargo, la creencia filosófico-científica de que si todavía no pueden en la actualidad, sí podrán en el futuro, lo cual no sólo puede comprometer recursos y enfoques en líneas de investigación, sino que apoya y legitima concepciones y supuestos sobre el comportamiento humano que son fundamentalmente ideológicos, es decir, que ocultan más de lo que revelan.

Esta creencia en la causalidad unilateral de las emociones desde el cuerpo, forma parte en realidad de una imagen de la naturaleza humana fundamentalmente negativa y pesimista, cerrada. Una imagen que de antemano considera como inútil e ilusoria cualquier esperanza o voluntad de cambio. El hombre es visto como una criatura determinada fundamentalmente por instintos y emociones, entre los que pocas veces entran los de altruismo y solidaridad. Todo aspecto «positivo» del hombre no forma parte de su naturaleza básica, es un aditivo o barniz irrelevante.

No se trata obviamente de contraponer una imagen idealizada, como contrapunto, pero sí de indicar que se trata de una imagen unilateral e incompleta. En el plan de los hechos es incompleta porque, como ha señalado Hoffman en un trabajo reciente: Dado que «la moderna biología evolutiva postula una base biológica del altruismo, que existen fundamentos razonables para creer, con McLean, que en el ser humano han existido siempre los sustratos neurales necesarios para la simpatía, y que ésta ha sido asociada empíricamente con el altruismo... resulta difícil aceptar el supuesto dominante, pero no verificado, de que todas las conductas aparentemente altruistas se derivan de motivos egoístas». (28) Esta imagen negativa es in-

completa, además, porque no considera aquello que de específico puede encontrarse en el hombre, su simbolismo, o lo considera como mero epifenómeno sin ninguna posibilidad de independencia causal.

Frente a esta posición organicista o biologicista cabe contraponer una perspectiva interactivo-constructivista que vendría a sostener la hipótesis que he procurado defender de que la experiencia y el contexto social no intervienen sólo como catalizadores o desencadenantes en las emociones, o como simple barniz superficial, sino como origen constitutivo de las mismas, con una relativa autonomía causal respecto de su basamento neurofisiológico.

Un concepto de las emociones excesivamente circunscrito a los dinamismos biológicos, aparte de ser científicamente insuficiente cuando entra en juego en el estudio de la acción humana, encaja demasiado perfectamente en concepciones sobre el hombre que, invocando la fatalidad biológica, intenta legitimizar la desigualdad insolidaria y vaciar de sentido los intentos de cambiarla. Desde una perspectiva más sociológica de las emociones, creo que no sólo se amplía, metódicamente, el ámbito de su explicación o interpretación, sino que también, al contemplarlas como una construcción social, como resultado de las propias concepciones que el hombre ha ido elaborando sobre sí mismo, y de los valores y normas que ha ido asumiendo en parte como guía de su acción, puede flexibilizarse la rígida dinámica del poder y aumentar la esperanza en la solidaridad. La aventura humana no es sólo, ni puede serlo, un camino hacia la «racionalidad formal», hacia la eficiencia y el control técnicos. Debe ser también una vía hacia formas superiores de moralidad. El desarrollo de nuestra sensibilidad hacia ellos es algo que está abierto y por construir, socialmente, y no, sin más, predeterminado biológicamente.

REFERENCIAS

- (1) HOCHSCHILD, A.R.: «Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure». *American Journal of Sociology*. 1979, vol. 85, n° 3, págs. 551-575.
- (2) SCHACHTER, S.: *Psicología de la afiliación*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1966. Pág. 144.
- (3) SCHACHTER, op. cit. pág. 145.
- (4) LORENZER, K.: *Teoría de la socialización*. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1976. Pág. 4.
- (5) BRADBURN, N. y CAPLOVITZ, D.: *Reports on Happiness*. Aldine. Chicago 1965.
BRADBURN, N.: *The Structure of Psychological Well-being*. Aldine. Chicago, 1969.
- (6) WARR, P.: «A Study of Psychological Well-being». *British Journal of Psychology*. 1978, vol. 69, págs. 111-121.
- (7) KOHN, M.: *Class and Conformity: A Study in Values*. The Dorsey Press. Homewood, Ill. 1969.
KOHN, M.: *Class and Conformity: A Study in Values Reassessment*. Chicago University Press, 1977.
SENNETT, R. y COBB, J.: *The Hidden Injuries of Class*. Vintage Books. Nueva York, 1973.
RUBIN, L.B.: *Worlds of Pain: Life in the Working Class Family*. Basic Books. Nueva York, 1976.

- (8) KASL, S.V., GORE, S. y COOB, S.: «The experience of losing a job: reported changes in health, symptoms and illness behavior». *Psychosomatic Medicine*. 1975, vol. 37, n° 2, págs. 106-122.
- (9) WARR, P.: *Psychological aspects of employment and unemployment*. *Psychological Medicine*. 1981, vol. 11, Editorial.
SPRUIT, I.P.: «Unemployment, the unemployed, and health». Trabajo presentado al Simposio Internacional de la Organización Mundial de la Salud sobre «Inestabilidad Económica y Salud». Munich. 1981
- (10) ARCHIBALD, P.W.: *Social Psychology as Political Economy*. McGraw-Hill Reynerson. Toronto, 1978. Págs. 174-183.
- (11) HELLER, A.: *Teoría de los sentimientos*. Ed. Fontamara. Barcelona, 1980. Pág. 229.
- (12) ELIAS, N.: *La dynamique de l'Occident (1939)*. Calmann-Levy. París, 1976. Págs. 191-192.
- (13) DREITZEL, P.: «The Socialization of Nature: Western Attitudes towards Body and Emotions», en Elias, P. y Lock, A. (Eds.): *Indigenous Psychologies: The Anthropology of the Self*. Academic Press. Londres, 1981. Pág. 221.
- (14) KEMPER, T.D.: *A Social Interactional Theory of Emotions*. Wiley. Nueva York, 1978.
- (15) KEMPER, op. cit. pág. 30.
- (16) KEMPER, op. cit. pág. 46. Véase también: Kemper: «Social Constructionist and Positivist Approaches to the Sociology of Emotions». *American Journal of Sociology*. 1981, vol. 87, n° 2, págs. 336-362.
- (17) SHOTT, S.: «Emotion and Social Life: A Symbolic Interactionist Analysis». *American Journal of Sociology*. 1979, vol. 84, n° 6, pág. 1324.
- (18) HOCHSCHILD, op. cit. pág. 561.
- (19) HOCHSCHILD, op. cit. pág. 563.
- (20) GURMENDEZ, C.: *Teoría de los sentimientos*. Fondo de Cultura Económica. México, 1981.
- (21) GURMENDEZ, op. cit. pág. 81.
- (22) GURMENDEZ, op. cit. pág. 79.
- (23) EKMAN, P.: «Biological and Cultural Contributions to Body and Facial Movements in the Expression of Emotion», en Rorty, A.O. (Ed.): *Explaining Emotions*. University of California Press. Berkeley, 1980. Pág. 95.
- (24) EKMAN, op. cit. pág. 99.
- (25) PLUTCHIK, R.: «Emotions, evolution and adaptive process». En Arnold, M.B. (Ed.): *Feelings and emotions: The Loyola Symposium*. Academic Press. Nueva York, 1970. Citado por: Averill, J.R.: «Emotion and Anxiety: Sociocultural, Biological, and Psychological Determinants». En Rorty, op. cit. págs. 37-72.
- (26) GEERTZ, C.: *The Interpretation of Cultures*. Basic Books. Nueva York, 1973. Pág. 83. Citado por Sahlins, M.: *Uso y abuso de la biología*. Siglo XXI. Madrid, 1982. Pág. 26.
- (27) SHALINS, op. cit. pág. 25.
- (28) HOFFMAN, M.L.: «Is Altruism Part of Human Nature?». *Journal of Personality and Social Psychology*. 1981, vol. 40, n° 1, pág. 135.